





MEMORIAS
DE UN ASESINO ILUSTRADO



José María Iglesias

MEMORIAS
DE UN ASESINO ILUSTRADO



Primera edición: septiembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José María Iglesias

ISBN: 978-84-17961-64-0

ISBN digital: 978-84-17961-65-7

Depósito legal: M-29065-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Raquel, Victoria y Joan
por hacer de mi mundo un lugar mejor.*



PRIMERA PARTE

Veinticuatro años, siete meses y doce días antes del terremoto

Lo cierto es que yo no debería haber nacido. No entraba en los planes de mi madre tener un hijo de aquella manera, y mucho menos con aquel hombre del que, en realidad, nunca le había atraído gran cosa. Mi madre, Marisa, había elegido años atrás al que debía ser el padre de sus hijos. Lo supo en cuanto lo vio, no hubo tiempo para más. Fue una de esas terminantes revelaciones abocadas a arrasar vidas enteras. Resultó inevitable, comenzaron a frecuentarse y mi madre pronto albergó la seguridad de que Antonio tendría que ser quien le diera los hijos, al menos tres, una niña y dos niños que tornaran ciertas todas sus añoranzas de felicidad. Y tenía que ser con ese Antonio, con ningún otro hombre se había sentido de aquella manera, ningún otro hombre le arrancaba aquellas cálidas lágrimas de felicidad cuando le susurraba muy quedo al oído que la amaba, con ningún otro hombre la embargaba aquella gélida sensación de abandono cuando llegaba la hora de despedirse y volver cada uno a su casa.

Y así tendría que haber sido con el correr de los años. Mi madre nunca hubiera llegado a conocer a mi padre y yo no hubiera nacido. Habría parido otros hijos diferentes a mí, otras personas de las que tal vez hubiera llegado a sentirse orgullosa algún día. Quizás más altos o más bajos o más fornidos, más cariñosos o menos, quién sabe, que cada cual nace con su propio pellejo, pero desde luego que yo nunca hubiera llegado a nacer y por eso mismo el mundo hubiera sido un lugar mejor.

Pero las cosas fueron como fueron, no me pregunten por qué. Sucedió seis meses antes de que mi madre luciera el vestido blanco que había pagado

céntimo a céntimo para casarse con su Antonio, seis meses antes de que ni tan siquiera se plantearan tener hijos. Un muchacho del barrio, un pelirrojo de natural pendenciero llamado Daniel, convenció a uno de sus amigos de correrías de que se tomara otra cerveza. No puedes rechazarme la invitación, Óscar, le porfió mirándole fijamente a los ojos con las cenizas humeantes del cigarrillo colgándole de los labios. Y Óscar no lo hizo, invertía demasiadas horas en la calle como para no saber que nunca se desprecia una invitación. Se tomó esa quinta cerveza a pesar de saber que ya eran demasiadas. Es verdad que era un tipo corpulento acostumbrado al alcohol y que seguramente no iba borracho cuando arrancó el motor del coche, es verdad que había conducido en peores condiciones muchas otras veces y que nunca había pasado nada, pero también era cierto que esa quinta cerveza fue suficiente para adormecerle los pulsos y darle la falsa impresión de que sabía lo que hacía. Tal vez por eso no frenó a tiempo de esquivar a Antonio cuando este se apresuró a cruzar el semáforo verde. Al pobre hombre se le había parado el reloj y cuando se dio cuenta ya llegaba tarde a una entrevista de trabajo, las prisas pudieron más que la prudencia y no miró a ambos lados antes de bajar de la acera. Óscar ni siquiera oprimió el pedal del freno, no tuvo tiempo. El impacto fue brutal, Antonio ya estaba muerto cuando su cuerpo fue a aterrizar contra el asfalto casi veinte metros más allá. Al menos dijeron que no sufrió, triste consuelo cuando no queda otra cosa a la que aferrarse.

Mi madre quedó destrozada. No podía soportar tanta injusticia. Antonio era el muerto, pero ella no se encontraba en mucho mejor estado. Hubiera preferido ser ella la víctima, haber perecido bajo las ruedas de aquel coche en vez de verse obligada a errar eternamente por el mundo yermo y vacío que dejaba la marcha de Antonio.

Así me contó su muerte la única vez que mi madre me habló de él, cuando llena de rabia me confesó entre lágrimas que la vida no merecía la pena y que más le hubiera valido reventar aquella tarde junto al padre de los hijos que nunca llegaron a engendrar.

Por extraño que parezca aquella muerte al menos sirvió para darme la oportunidad de existir. Fueron las mismas pequeñas casualidades que le llevaron a él a la muerte las que confabularon para darme a mí la vida. Resulta irónico pensar que tuvo que morir un hombre bueno para que pudiera nacer alguien como yo, y sin embargo exactamente eso es lo que ocurrió.

Veintidós años, dos meses y cuatro días antes del terremoto

Dos años después de aquello mi madre conoció a mi padre. No hace falta decir que aquellos dos años fueron terribles para ella, tanto que nunca volvió a ser la misma persona. Los que la conocían de siempre asistieron a su transformación, a su hundimiento, a su callada autodestrucción. Algunos intentaron ayudarla, tirar de ella desde el fondo del pozo en que estaba sumida, pero mi madre se deshizo de ellos y de sus buenas intenciones. No aceptaba ayudas, no soportaba consuelos ni razones, no aguantaba que nadie le tuviera pena. Seguramente tampoco ella sintiera lástima de sí misma. Se forzaba a levantarse de la cama al alba, se lavaba tímidamente la cara con el agua helada de primera hora de la mañana, y cumplía una a una con todas sus obligaciones, sin derramar una lágrima, sin lamentar lo que pudo haber sido y que ya nunca jamás sería.

Se encerró en sí misma hasta el punto de no volver a hablar del tema, de no querer siquiera pensar en lo que había perdido por el camino. Antonio no tuvo más altares que los que quisiera ponerle su propia madre, porque la mía, en cuanto supo muerto a su prometido, sintió tal rasgadura por dentro que no le quedaron ganas de creer en otros mundos más amables que este. Siempre fue tan creyente como le enseñaron a ser, pero todo naufragó cuando la muerte de Antonio se encargó de destaparle la verdad en ese único instante, con toda la crudeza e incomprensión de las cosas irrevocables. Se negó a pensar que el dolor que la consumía formara parte de algún plan divino cuya bondad nadie sino el sumo hacedor estaba capacitado para comprender. El resto de la gente podía empeñarse en confiar en la infinita sabiduría de quien, pudiendo haber evitado todo mal, no quiso hacerlo, pero mi madre se encontraba muy lejos de esos consuelos. Acudió al entierro porque era lo que había que hacer, rezó todas las novenas sin saltarse ni una porque era lo que se esperaba de ella, pero jamás volvió a elevar los ojos al cielo pidiendo clemencia para ella misma o rogando por el descanso del alma del novio muerto. No entraba en su entendimiento

que el mismo Dios que había segado una vida de aquella manera tan gratuita fuera a permanecer ahora atento a sus súplicas.

Nada más lejos de las intenciones de mi madre que dejarse convencer por aquel dudoso consuelo, o por aquellas palabras dulces y ladinas derramadas desde los púlpitos. Se negó a perder su tiempo en buscar una explicación para algo que, sin duda alguna, no la tenía. Y puesto que su corazón y su alma, y lo más profundo de su ser, le habían sido arrebatados al morir Antonio, decidió arrastrarse por la vida sin otras pretensiones que las que empujan a los seres inferiores, a las culebras y alimañas que viven sus vidas sin dar ni pedir explicaciones a nadie. Así de simple y así de imposible era la vida que mi madre se había adjudicado.

Nunca faltó al trabajo, nunca faltó a la mesa a la hora de comer y nunca dio que hablar entre el vecindario tan atento siempre a las vidas ajenas, pero de igual modo no volvió a asistir a misa ni regresó a casa de los que tan cerca estuvieron de convertirse en sus suegros.

Su vida era suya, como su dolor o su rabia, y solo a ella correspondía elegir cómo administrarlos. El primer año largo prefirió la soledad, no tenía entrañas para otra cosa y en ningún lugar se encontraba mejor que encerrada en su casa, tirada en la cama de cualquier manera con los ojos cerrados escuchando cómo se le escapaba la juventud.

Después su cuerpo le hizo saber que había recuperado algunas necesidades y que tendría que irse planteando abandonar de vez en cuando la seguridad de su cuarto.

Así conoció a mi padre. Le hubiera gustado conocerlo de otra manera, tal vez en una tarde de otoño mientras paseaba por una playa al amparo del suave batir de las olas, o quizás en la sala de un museo al percatarse de que ambos llevaban quince minutos absortos en una misma pintura embargados por la trascendencia de una composición y un cromatismo que solo las almas gemelas podían apreciar de aquella manera inesperada.

Pero no fue así, con Germán fue todo más prosaico y brutal. Se conocieron en la discoteca, borrachos los dos, cansados del mundo y cansados de sí mismos, pues cada uno arrastraba tras de sí su propia historia de soledad e incompreensión. Mi madre había dado tumba al hombre que encarnó todo lo bueno de la vida; Germán había tenido que tragar saliva y forzarse a regresar a su casa a deshoras para cerciorarse de lo que llevaba meses sospechando. Encontró lo que más temía: a su mujer desnuda y palpitante cabalgando sobre las agonizantes caderas de otro tipo. Todavía llevaba el rencor de aquella imagen fresco en la memoria cuando se aupó a la pista de baile de la discoteca y se aproximó a mi

madre. Apenas se dirigieron la palabra, simplemente él se acercó y comenzó a bailar a su lado. Que ella aceptara beber directamente de su copa fue indicativo de que la cosa podría prosperar. Se acostaron aquella misma noche, sin pasión, sin mirarse a los ojos, como dos animales en celo que no saben imponerse a sus instintos. Fue un polvo apresurado y sin sentido, un intercambio puramente físico entre dos individuos que no creían más que en el consuelo de la carne. Mi madre achacó la indiferencia que le produjo aquel primer encuentro sexual al alcohol que le corría por las venas, o a la falta de costumbre, o al hedor a tabaco negro que emanaba de aquel tipo, pero la siguiente vez que se acostaron la cosa no mejoró.

Con Germán no sentía lo mismo, pero se acomodó. Aquellos encuentros nada tenían que ver con la plenitud y la pasión calmada que la extasiaban cuando hacía el amor con Antonio, con aquel sentimiento de unidad y comunión, con aquella seguridad de formar parte de un solo ser capaz de trascender sus cuerpos sosegados y enfebrecidos. Con Antonio el sexo excedía las carnes y convocaba sentimientos que hasta ese momento ella ignoraba tener, la arrasaba a otros mundos, a otros entendimientos en los que la realidad se limitaba a los embates de aquel hombre que le daba y le quitaba la vida. Con Germán las cosas eran muy diferentes, era sexo sin más pretensiones, sexo con los ojos abiertos y la cabeza en otro sitio, pero se acomodó.

Quizás influyera la seguridad que tenía de que jamás volvería a encontrar lo que tuvo con Antonio. Aquello había sido único e irrepetible, aquello había sido amor del bueno, y eso solo se logra una vez en la vida, o tal vez ninguna si no colabora la suerte, que al fin y al cabo no son tantos los que llegan a descubrir las plenitudes del amor. Mi madre las había conocido, o al menos había caído en la ingenuidad de pensar que su historia de amor había representado algo especial, mucho más vívido y profundo que los utilitarios amores que entretenían a los demás. Lo suyo con Antonio había sido distinto, un arcoíris entre nubes polvorientas. Tal vez asfixiada por tamaña pérdida se conformó con la vida que le ofrecía Germán, insulsa y desapasionada, pero llevadera y sin muchas exigencias, una huida hacia adelante sin nada que perder. Supongo que mi madre llegó a querer a mi padre, que a su manera llegó a albergar algún sentir hacia él, aunque desde luego en ningún caso más de lo que es capaz de querer una persona que ha renunciado a encontrar la felicidad y que ya ni siquiera recuerda lo que es quererse a sí misma. Tal vez por eso no se le vino el mundo encima cuando descubrió que estaba embarazada.

Habían pasado poco más de ocho meses desde que conoció a Germán, se habían acostado un puñado de veces y ya llevaba en su seno un hijo de aquel

hombre de manos toscas y mirada aviesa. Apenas lo conocía, ni tan siquiera había jugado a adivinar en la intimidad de su habitación lo que le depararía el futuro al lado de aquel hombre, pero ya se sabía resignada a aquella vida de consolación con la que suelen conformarse los que han visto desbaratarse sin remedio sus mejores planes y se sienten incapaces de juntar las fuerzas necesarias para recomenzar de nuevo.

Lo más triste de todo era contemplar la alegría que festejaba la madre de mi madre al empeñarse en ver en aquel embarazo los síntomas de que su hija había logrado superar sus penas y se encontraba en disposición de disfrutar de una vida tan normal como la que llevaban el resto de las chicas de su edad.

Así nació yo, un hombre que jamás debería haber nacido, pero con tanto derecho a vivir como los demás. No sé si ya por entonces Germán le había contado a mi madre lo que sucedió el día que sorprendió a su mujer acaballada sobre el otro tipo. No creo que nunca llegara a confesárselo abiertamente, pero nadie que lo conociera dudaría de que la sangre fue derramada en aquella habitación, que cada cual busca su justicia de la única manera que sabe. Aquella mera sospecha debió ser suficiente para mi madre, pero no todo el mundo tiene el coraje de querer leer las señales que les manda la vida.

Diecisiete años, nueve meses y quince días antes del terremoto

No conservo muchos recuerdos de mi niñez. Me gustaría pensar que no fue tan diferente a la del resto de los niños, aunque espero de todo corazón que sus infancias hayan sido más tranquilas que la mía. Es algo que llevo clavado en el alma, una herida que se reabre cada vez que pienso que las peores monstruosidades a menudo brotan de una infancia desdichada. Quién sabe si habrá sido mi caso.

Como digo no tengo muchos recuerdos de aquellos años, sin embargo jamás podré olvidar las discusiones en que se enzarzaban mis padres a la menor ocasión.

Cualquier excusa les valía para dar comienzo a los gritos. Por ejemplo, cada vez que mi padre cobraba el jornal y perdía las horas de taberna en taberna cantando saetas y fandangos como si supiera, como si tuviera voz para ello. Mandaba callar a todos y quebraba la voz torciendo el rostro y apretando los puños, convencido de que los otros le jaleaban los arrebatos por la bondad de su arte, y no por aquellas exageradas invitaciones en las que dilapidaba un dinero que en casa mi madre esperaba como agua de mayo.

Otros días, las más de las veces, no tenían un motivo concreto, pero aun así se enzarzaban en pleitos salidos de la nada. Yo entonces corría a mi habitación y me encerraba en el armario empotrado huyendo de los gritos y amenazas que se lanzaban a diestro y siniestro. Eran horas pavorosas, en la oscuridad del armario el miedo me sobrecogía. Siempre agazapado, acuclillado contra las tablas del fondo, sintiendo cómo las mangas de los abrigo me rozaban la cabeza con lo que a mí me parecía el tacto viscoso de alguna criatura informe acechando desde las tinieblas. Cada vez que respiraba, cada vez que me movía, una de aquellas zarpas me rozaba la cabeza, a veces incluso se deslizaba por mi cara, fría y áspera, cortándome la respiración y llenándome de un miedo que apenas era capaz de soportar, el miedo que sobrecoge en mitad de la oscuridad,

el miedo a lo que no se puede ver a pesar de tener los ojos bien abiertos.

Allí me obligaba a aguantar hora tras hora, temblando sin arreglo, tapándome con desesperación los oídos para no escuchar los gritos con que se acometían mis padres. Hasta que el agotamiento me vencía y caía dormido sobre el suelo del armario a la espera de que mi madre acudiese a socorrerme, las más de las veces muchas horas después, con el sol ya nacido.

Nunca podré olvidar la última de sus discusiones. Todo empezó, según recuerdo con dolorosa nitidez, por un plato de sopa que mi padre juzgó demasiado frío, y soso; algo que, según aseguró, era de todo punto impropio ofrecer a un hombre que llega fatigado a casa después de trabajar durante todo el día. No tardó el plato en salir volando hasta estrellarse y hacerse añicos contra la pared del fondo, inundando de sopa, ahora ya fría sin remedio, todo el suelo del comedor. Antes de que los trozos del plato dejasen de bailar sobre el suelo ya había escapado yo a mi oscuro y solitario escondrijo, como siempre más dispuesto a soportar el miedo que los horribles gritos de mis padres. Desde allí les oí vociferar y lanzarse destartadas amenazas de mil maneras diferentes, hasta que cuatro o cinco golpes a mano abierta terminaron de raíz con los argumentos. Durante un par de minutos solo hubo silencio, después el ahogado hipar de mi madre anunció que había comenzado a llorar. No duró mucho el sonido de aquellas lágrimas arrancadas a traición. Supongo que mi padre se hartó de oírlos. Encendió la televisión, subió el volumen, y se puso a verla como si tal cosa, riéndose estruendosamente al compás de las risas enlatadas del programa que emitían.

Aquel día mi madre tardó más que nunca en venir a rescatarme. El sol estaba ya bien vertical cuando lo hizo. A esa luz pude ver escrito en el rostro de mi madre el resultado de la trifulca de la noche anterior. La nariz enrojecida y un tanto inflamada, un irregular corte en el labio de aspecto doloroso y una mano que solo utilizaba si le resultaba imprescindible. Pero lo peor de todo eran sus ojos. Uno de ellos, el izquierdo creo, amoratado en todo su contorno, con un párpado palpitante y rojizo, demasiado abultado para encajar en su lugar, como la segunda boca de algún siniestro reptil. Aunque lo realmente inquietante era la esclerótica, roja y sanguinolenta en ambos ojos, otorgaba a mi madre la desquiciante mirada de aquellos monstruosos seres que poblaban mis pesadillas.

—Sal de ahí, hijo —me ordenó con un hilo de voz, con esa vergüenza tan propia de los humillados.

Yo obedecí y abandoné la seguridad del armario con los ojos fijos en el suelo, incapaz de enfrentar la estremecedora mirada de mi madre hecha de bultos rojos y negros.

—Papá ha vuelto a ser malo, por eso nos vamos a ir adonde no pueda hacernos más daño.

Había dos maletas listas en la habitación, una más grande, la otra, la más pequeña, la mía. Mi madre tomó la suya con su única mano útil y yo tuve que arrastrar la mía pasillo adelante, sin saber muy bien qué ocurría, pero incapaz de hacer o decir nada que forzara que mi madre me mirara con aquellos ojos endemoniados.

Aquel día comimos en casa de la abuela, que entonces no sabía por qué, pero me dio la impresión de que no se alegraba mucho de vernos. Me dejaron al cuidado de la tele y ellas se encerraron en la cocina a discutir de cosas de mayores, aunque estuve seguro de que en realidad hablaban de mi padre.

Cuando se abrió la puerta de la cocina los ojos de mi madre estaban más enrojecidos si cabía, y me sorprendió que aquellos ojos aún pudieran llorar. Me ordenó coger mi maleta y abandonamos la casa de la abuela como antes habíamos abandonado la nuestra, mi madre delante, yo detrás arrastrando mi valija, en el mismo silencio y con la misma sensación de trascendencia. Esa fue la última vez que vi a mi abuela.

Mi segundo padre se llamaba Jacinto. No sé de dónde había salido ni por qué mi madre insistía tanto en que le llamara papá. A mí aquel hombre no me caía ni bien ni mal. Era un tipo silencioso y taciturno, tanto que no había mucha diferencia entre cuando había salido a trabajar, o cuando se quedaba las horas muertas en casa sentado frente a la televisión con el gesto ausente y la mirada vacía. En lo tocante a mí apenas hablaba conmigo y las más de las veces actuaba como si no me viera, como si no existiera ni para lo bueno ni para lo malo, pero al menos no discutía con mi madre, y eso a mí me gustaba.

Recuerdo que mucho tiempo después, cuando tuve edad para plantearme mis propias preguntas, interrogué a mi madre sobre los motivos que le habían llevado a casarse en segundas nupcias con aquel tipo. Ella me miró fijamente, suspiró con profundidad, bajó los ojos e inició un llanto calmo y silencioso como toda respuesta a mi pregunta, como si las palabras que sabía que tenía que decirme fuesen demasiado dolorosas para ser pronunciadas. Aquello me hizo pensar que cuando Jacinto le pidió matrimonio, mi madre debió de preguntarse más bien si sería capaz de soportar toda la vida al lado de aquel hombre, tan carente de maldad como de aspiraciones, en vez de preguntarse si ese hombre convertía su vida en especial, si le hacía codiciar que llegara la noche para poder acostarse con él, y anhelar después que no tardase en llegar la mañana para poder despertar a su lado.

Supongo que mi madre se hizo esas preguntas entonces, y supongo también que prefirió las respuestas fáciles a esas otras que obligan a tomar las riendas

de la propia vida y actuar en consecuencia. Al fin y al cabo no se podía esperar nada distinto de una madre soltera tan vapuleada por la vida que había olvidado la confianza en sí misma.

Mucho tiempo después me sorprendió descubrir que el mismo día que mi madre se casaba con Jacinto, a más de doscientos kilómetros de allí, nacía Angélica, la que con el discurrir de los años se convertiría en mi esposa. Yo entonces no sospechaba nada, no tenía forma de hacerlo, pero una de las personas más importantes de mi vida acababa de asomarse al mundo mientras yo le entregaba inocentemente a mi madre sus segundas alianzas de boda.

Y por supuesto no puedo dejar de imaginar la alegría que aquel mismo día debió de sentir el padre de Angélica al asistir al nacimiento de su primera hija. Aún no comprendo cómo pude dejar que nuestros caminos se cruzaran de aquella manera en aquel único instante que lo cambió todo. Aquel remoto día de bodas y nacimientos todavía éramos ajenos el uno a la existencia del otro, y me niego a pensar que ya entonces en nuestras sendas viniera marcada la encrucijada que había de unirnos y en la que ambos nos perdimos para siempre. Pero esas cosas nunca se saben hasta que ocurren, y entonces ya es demasiado tarde para ponerles remedio.

Trece años, ocho meses y dos días antes del terremoto

Supongo que si alguna vez fui feliz fue en aquellos años en los que mis preocupaciones no iban más allá de poder mostrar los deberes acabados a la hora de la cena y no interrumpir cuando hablaban los mayores.

Desarrollé un gusto exagerado por la lectura. Leía todo lo que caía en mis manos, desde las etiquetas de los botes de detergente hasta los prospectos de las pastillas para la hipertensión que Jacinto tomaba a diario después del desayuno. Lo malo era que en casa nadie era capaz de aclararme el significado de las nuevas palabras que allí descubría. No pocas veces don Santiago, mi maestro, me miró con los ojos como platos cuando interrumpía la clase mano en alto para preguntarle qué era un tensoactivo amónico, o para qué servía un betabloqueador.

Pero sin duda alguna lo que provocaba mi fascinación por la letra impresa era la lectura de las pocas novelas que mi madre me regalaba para Navidad o tal vez, si había logrado desviar el dinero suficiente, por mi cumpleaños. En *20,000 leguas de viaje submarino* encontraba yo la entrada a esos mundos fantásticos de los que ningún niño debería salir nunca. Lo malo era que con mi avidez lectora los libros no me duraban más allá de una semana, después me forzaba a releerlos una y otra vez delante de mi madre, asegurándome de que ella me viera, por temor a que si no lo hacía así pudiese llegar a pensar que los libros me servían de distracción apenas unos días y que no merecía la pena gastarse el dinero en algo que a la postre duraba tan poco. De modo que estiraba la lectura hasta que casi podía recitar de memoria párrafos enteros, perdida ya la emoción de aquellos hipnóticos argumentos que ya no guardaban secretos para mí. Pero al menos durante aquellas relecturas autoimpuestas llegué a conocer a los personajes con tal profundidad que comprendí que sus motivaciones y sus miedos eran tan reales que trascendían el papel. Cada uno gozaba de una personalidad y de un modo de proceder tan humanos como cualquier persona de la vida real, con las

mismas ambiciones y desesperos. Supongo que fue entonces cuando descubrí que un libro era mucho más que la simple suma de sus palabras.

No podría precisar si fue mi inclinación a la lectura lo que me volvió un niño solitario o si por el contrario fue mi gusto por la soledad lo que me llevó a explorar la lectura. En cualquiera de los dos casos poco importa, el daño ya estaba hecho. Me pasaba los recreos viendo cómo jugaban al fútbol los demás niños, deseando que me llamasen a alguno de los equipos, y a la vez temiendo que lo hicieran. Nunca tuve demasiados amigos, aunque a decir verdad seguramente tampoco los necesitara. Me encontraba tan a gusto al margen de los juegos de los otros niños como acodado sobre la mesa de la cocina leyendo bajo el silencio que los padecimientos de Jacinto imponían en casa.

Tal vez fueran esos silencios los que contribuyeron a cimentar la fama de tipo raro que me ha acompañado durante toda mi vida. Lo malo es que ser un niño diferente tiene un precio que siempre hay alguien dispuesto a cobrarse. Suelen comenzar con burlas más o menos malintencionadas, algún que otro insulto pionero para calibrar la capacidad de defensa, y si se resulta ser una presa fácil, entonces ya se lanzan directamente al ataque sin más miramientos. Esa suele ser la táctica del cazador que no las tiene todas consigo pero que aun así prefiere correr el riesgo de toparse con alguien que le muestre resistencia antes que perder la oportunidad de poder sentirse superior abusando de quien no ha nacido para defender lo suyo.

Yo era de estos últimos, de los que aguantan estoicamente las chanzas y agravios sin mover un solo dedo para reivindicarse. Y no tuve que soportar pocas humillaciones en aquel patio de colegio donde, como en tantos otros teatros humanos, imperaba la ley del más fuerte.

No es necesario decir que yo no era el más fuerte, ni mucho menos. No había más que ver mi exiguo cuello y mis brazos esmirriados para darse cuenta que no aguantaría ni el primer sopapo bien dado.

Los niños son crueles, siempre se ha dicho. Aún no han perdido ese componente animal que la educación se encarga de ir limando hasta lograr seres medianamente civilizados. Pero mientras eso ocurre los niños siguen siendo crueles. Tanto que no les bastaba con humillarme, sino que necesitaban hacerlo públicamente, delante de toda una chusma que jaleaba cada uno de sus golpes, cada uno de sus insultos.

Muchas veces me percataba de la que se me venía encima cuando me veía sorprendido por una turba de niños enloquecidos que me rodeaban al grito de *¡pelea!*, *¡pelea!* Aquello era el pistoletazo de salida, la arenga que anunciaba que querían diversión. Formaban un férreo círculo a mi alrededor del que me

impedían salir a la espera de que el *Fanegas* y el *Moreno* tuviesen la gentileza de aparecer. Supongo que eran ellos mismos los que convocaban a su público cada vez que les apeteciera zumbarme la badana. Estoy seguro de que les mandaban a buscarme mientras ellos se hacían esperar como todo buen artista remolonea su tiempo antes de subirse al escenario, para que vaya creciendo la emoción. Nunca olvidaré las miradas torvas que me rodeaban en aquel círculo sin piedad, aquellas palabras despreciativas que me dedicaban, el goce que reflejaban sus rostros al descubrir los comienzos de mi terror.

Mis dos verdugos no solían tardar mucho en hacer acto de presencia. Dejaban unos minutos para que el ambiente se fuera caldeando y se abrían paso hasta el centro del círculo. Alzaban los brazos exigiendo la complicidad de los convocados, buscando su aplauso, pidiendo que arreciaran sus gritos y vítores, como los púgiles que se aposentan en el *ring* saboreando el fervor que levantan entre sus seguidores. Y el público enloquecía, y aquel griterío desbocado me indicaba que no tenía nada que hacer, que estaba perdido una vez más.

Solían comenzar con un leve empujón, o con una torta a mano abierta dada sin mucha convicción, buscando más romper el hielo que hacer daño. Pero no era eso lo que más me dolía, era la burla, era el odio de sus miradas, era el abyecto deseo que destacaba en todos ellos de verme sufrir.

Los niños son crueles, especialmente el *Fanegas* y el *Moreno*. Sabían muy bien cómo hacer su trabajo, sabían que no podían dejarme marcas que trascendieran al mundo de los adultos. Un ojo negro o un labio roto de seguro traería consecuencias que acabarían por siempre con aquella diversión. No, ellos sabían muy bien lo que tenían que hacer. Algún golpe a mano abierta, alguna patada en el culo, algún empujón que me hiciera trastabillar hasta el suelo. Y todo ello acompañado de todas las risas e insultos posibles, todo hecho de la manera más humillante, de la manera que les resultase más gratificante a todos ellos.

Y así era exactamente como me sentía, humillado, ultrajado en lo más profundo. Solían parar cuando yo ya no era capaz de contener las lágrimas y me derrumbaba llorando desconsoladamente. Aquello era el clímax de su obra, el culmen de su faena, allí todos los vitoreaban dando por bueno el espectáculo ofrecido. Al menos entonces todo acababa, el círculo se deshacía de improviso y se alejaban de mí comentando aún el gran trabajo que habían hecho aquellos dos conmigo.

Desparramado en el suelo los miraba alejarse tratando de no escuchar sus palabras, sus burlas agrandadas por mi derrota. Entonces sentía crecer un odio visceral en mis entrañas, un odio hacia todos ellos que me hubiera llevado a aniquilarlos de haberme sido dado, pero también un odio hacia mí mismo por

permitir aquello una y otra vez sin hacer nada por defenderme, porque en todo el tiempo que duraba el enfrentamiento yo no ejercía la menor resistencia, ni tan siquiera emitía la más mínima queja. Aguantaba mansamente toda aquella humillación hasta que los nervios se me quebraban y comenzaba a lloriquear. Por eso me odiaba a mí mismo, más incluso que a ellos, y ahora que tanto tiempo después reparo en ello, caigo en la cuenta de que ese profundo odio hacia mí mismo tal vez explique a día de hoy muchas de las cosas que he hecho.

Aunque al menos una cosa tengo clara, si todos aquellos malnacidos me vieran ahora, si pudieran contemplar por un instante al ser en el que la vida me ha convertido, pueden ustedes estar seguros de que renegarían de todas sus ofensas y correrían a esconder sus asquerosas cabezas bajo tierra rogando para que no me nacieran las ganas de buscarlos allá donde estén para darles lo suyo. Pueden ustedes estar seguros de ello.

Diez años, once meses y cuatro días antes del terremoto

Mi madre fue una buena mujer. Tal vez no muy inteligente, ni tampoco muy osada, pero no se le puede negar que fuera una buena mujer. He heredado muchas cosas de ella, su cobardía, su conformismo, esa imperdonable falta de amor propio que nos llevó a ambos a dar por bueno todo lo que nos sucedía. Debo admitir que durante una época me gustaba pensar que también había heredado su bondad, luego la vida se encargó de demostrarme que no había sido así, pero eso es algo que ya descubrirán por ustedes mismos.

Y fíjense lo que pueden llegar a ser las cosas, incluso estoy seguro de que, llegado el caso, la mayoría de ustedes no vería con malos ojos que me convirtiera en el novio de sus hijas. Porque a pesar de todo tengo cara de ser un buen tipo, incluso me comporto de modo amable y considerado con el resto de la gente. Tal vez por eso doy la impresión de ser un hombre en el que se puede confiar, un hombre al que se le puede dar la espalda sin temer que aproveche ese descuido. Sé que les repugnaré pensarlo, pero en el fondo no soy tan diferente a ustedes, no les queda otro remedio que admitirlo. Y ya puestos, tampoco podrán negar que ustedes mismos no son tan distintos a mí. Porque a fin de cuentas, todos, ustedes y yo, somos capaces de hacer cualquier cosa, solo necesitamos que se presenten las circunstancias apropiadas para que lleguemos a conocer las miserias de nuestros verdaderos límites. Tal vez piensen que me equivoco, tal vez les sosiegue pensar que ustedes jamás podrían hacer las cosas que he hecho yo. Pero convézanse, en el interior de todos los hombres habita la misma bestia. Todo el mundo es capaz de llevar a cabo la mayor atrocidad, solo hace falta que se vuelva necesario. Y como todo lo demás en esta vida, tan solo es cuestión de aprendizaje, tan solo es cuestión de realizar las cosas poco a poco, de manera progresiva, llegando un poco más lejos cada vez. Con paciencia y voluntad se puede encarar cualquier empresa, incluso las más horribles. Créanme, sé de lo que hablo. El único secreto es permitirse llegar un poco más

lejos cada día, solo un poco, rebasando el límite cada vez. Así se puede lograr cualquier meta, la que sea, desde permitir que se te corran en la boca hasta matar a alguien sin dejar de mirar cómo se le va apagando la vida en los ojos. Yo he hecho una de estas dos cosas, y les aseguro que jamás le he comido la polla a nadie.

Los límites de mi madre estaban claros. Era un ser de una paciencia infinita capaz de soportarlo todo. Solo una vez en su vida se rebeló contra algo, ya saben ustedes a qué me refiero, al día en que hizo su maleta, y la mía, y abandonó a mi padre después de que le pegara una paliza. Lo que no sabemos ni ustedes ni yo fue cuántos golpes tuvo que haber aguantado día tras día hasta que lograra reunir la desesperación necesaria para tomar aquella decisión. Yo entonces era demasiado pequeño como para poder sospechar lo que ocurría en mi casa, pero conociendo a mi madre como llegué a conocerla después, no me cabe duda de que encajó en silencio muchos más golpes de los que nadie está preparado para negarse a sí mismo.

Nunca más hablamos de mi padre, en realidad nunca hablábamos de nada, no teníamos tiempo para conversaciones. No mucho después de la boda, Jacinto comenzó a quejarse de dolores de espalda y de sentir un frío perpetuo que le carcomía los huesos. Dejó el trabajo, no se sentía capacitado para hacer nada más que no fuera levantarse a media mañana y sentarse a esperar a que mi madre regresara de su trabajo matutino. Continuaba sentado mientras ella hacía la comida, ponía la mesa, fregaba los cacharros y salía de nuevo a dar comienzo a uno de sus otros trabajos. Solo entonces Jacinto se echaba la siesta maldiciendo la fragilidad de aquellos huesos suyos que no se le atemperaban ni en invierno ni en verano.

Yo por entonces contaba doce años y había convivido el tiempo suficiente con Jacinto para saber que no se podía esperar gran cosa de él, ni para lo bueno ni para lo malo. Él no nos molestaba ni hacía nada por afearnos la conducta, a cambio exigía lisa y llanamente que lo dejásemos en paz. Sus días se debatían entre la cama y la butaca, sin más aspiraciones que soportar estoicamente lo que quisieran emitir en la televisión. De vez en cuando exhalaba unos sonoros suspiros que no había forma de discernir si provenían de la pesantez del aburrimiento, o si eran lamentos provocados por el desgaste de aquellos huesos anegados que no le permitían otra cosa que cambiar de postura muy de cuando en cuando.

Y mientras tanto mi madre se multiplicaba de trabajo en trabajo, sin permitirse demoras al concluir su jornada, pues se sabía en la obligación de no malgastar inútilmente su tiempo para poder atender a aquel hombre quejumbroso

que la esperaba en casa con la mirada enrojecida por las horas de televisión y los inesperados dolores que tantas veces llegaban a cortarle la respiración.

A veces el amor es así, el amor o la necesidad de tener a alguien al lado con quien ahuyentar la soledad. Mi madre soportó la esclavitud de aquellos años sin más ayuda que la que le brindaban sus propias manos y su espíritu acostumbrado a los sacrificios. Jamás le escuché recriminarle a Jacinto su pasividad, ni el modo en que exageraba sus quejas en cuanto ella regresaba a casa. Entraba, le saludaba fugazmente y corría a la cocina a ponerse con la comida, o con la cena, sin tiempo que perder, pues al día siguiente también habría que madrugar.

Alguna vez le ofrecí mi ayuda, le pedí que me buscara un trabajo a la salida del colegio para que ella pudiera descansar y pasar más tiempo en casa. Ella me escuchó arrobada y clavó en mí sus ojos con la orgullosa expresión con la que las madres de las familias felices deben de mirar a sus hijos.

No te preocupes por mí, me decía entonces con una voz trémula que a mí me costaba reconocer, tú ocúpate de estudiar y de sacar buenas notas, que esa es la mejor ayuda que puedes darme por ahora.

Y eso hice, estudié de plano mientras a mi alrededor mi madre se consumía en el trabajo y Jacinto se apolillaba en la butaca frente al televisor encendido.

